

La extraordinaria magnificencia de las últimas festividades religiosas, en que cientos de miles de creyentes hicieron notar que aún viven los más puros impulsos del espíritu; la eficiente cooperación que ellas hallaron en los Poderes Públicos, y la culta y respetuosa actitud con que las acogieron los que en razón de sus particulares convicciones no tomaron activa parte en ellas, parecieron crear en nuestra convivencia colectiva un ambiente de luminosa armonía, de viril serenidad. Ellas tienen que haber encendido en todas las almas, aún de los no católicos, alegre y pujante llama de optimismo y de fe en los destinos de Chile. Se dijera que el nobilísimo símbolo elevado en el corazón de la Patria estaba purificando nuestras aguas interiores y renovando a cada hombre y a todos ese llamado imperativo de Amor y de Paz que fué la vida del Maestro.

La conducta tranquila y varonil con que el pueblo entero recibió la noticia de que S.E. el Presidente de la República, obligado por sensible enfermedad, abandonaba de manera transitoria el ejercicio de sus funciones supremas, delegándolas constitucionalmente en un distinguido hombre público de su confianza, dió la impresión de que la feliz concordia producida en esos días de fiestas no sería transitoria, sino que dejaría una huella perdurable de inteligente cordialidad en nuestra vida social.

Es por ésto bien lamentable que el efecto benéfico de que hablamos haya sido turbado por la torpe inconciencia de un grupo de políticos. Porque no otra cosa ha sido la actitud adoptada por algunos parlamentarios de oposición en las sesiones del Congreso del Martes pasado, sino una nota oscura y odiosa en un clima de claridad y concordia.

Al buscar motivos para disputas partidaristas en un acontecimiento de inegable trascendencia nacional, que pudo revestir graves caracteres y que sin embargo se realizó de la manera más feliz, sin afectar en lo más mínimo la normalidad institucional de la República ni la tranquilidad de sus habitantes; al provocar desconfianza en el país con suposiciones deplorables y antojadizas y con ataques anticipados e injustificados a la persona del Vice Presidente de la Nación, esos señores no han estado a la altura ni de los días serenos que acaban de pasar, ni de la grave situación en que vive Chile, y la Humanidad toda, ni de su responsabilidad de dirigentes políticos.

Felizmente, para consuelo de Chile, ~~xxxx~~ su actitud no ha encontrado eco en el sentir ciudadano, porque una vez más ellos no han sabido representar la voluntad del pueblo y ni siquiera de la mayoría de sus correligionarios, que ante todo quieren tranquilidad y libertad para hacer sus vidas, de trabajo y esfuerzo, laborando por el progreso de la Patria. Por extraña paradoja, los eternos predicadores del orden han estado a punto, en esta ocasión, de provocar con su actitud el desorden y crear un peligroso problema donde no lo existe.

Pero la enorme mayoría de los chilenos, sin distinción, quieren hoy otra cosa que mezquinos personalismos y pequeñas rencillas de partidos: quieren paz y armonía para unir todos los esfuerzos y ponerlos a la tarea única y grande de afrontar con éxito la grave crisis que el mundo vive y por la cual el país empieza a pasar.

Chile comprende la gravedad de la circunstancia que los tiempos le presentan y sólo quiere unidad y fortaleza, decisión y trabajo, para sobrevivir a la tromenta que en estos días lúgubres maltrata por igual a todos los pueblos. Eso sólo se puede conseguir en un ambiente de serenidad y armonía, y haber contribuido a producirlo será uno de los grandes méritos de las recientes fiestas religiosas.

Por ésto, cuando la enfermedad del Presidente de la República ha venido a agregar una dificultad más a las muchas que hoy afronta la Nación, el pueblo ha sabido recibirla con tranquilidad y hombría. Y su verdadera voluntad no debe buscarse en la actitud inconsulta de unos cuantos políticos, sino que está representada por la voz de cordura que elevó en la Cámara el H. Diputado Garretón: Chile encara demasiados problemas para que perdamos en tiempo entreteniéndo-

nos en estériles juegos de política. El país necesita la cooperación unánime, esforzada y disciplinada de todos sus hijos, bajo la autoridad efectivamente reconocida y respetada de un gobierno que, en cada uno de sus actos, vele por su prestigio. El deber ineludible de la hora presente es uno sólo: hacer patria.

Patricio Aylwin Azócar.

Envíelo a la Nación
y no publicarlo.

www.archivopatricioaylwin.cl